

Pandemónium

Revista Ilustrada anexa á "El Noticiero"

Director: LEONIDAS BRICENO

SUMARIO:

NOTA EDITORIAL.—VANKA por *Antón Tchekhov*.—STOESSEL por *Bonifacio Byrne*.—MI MADRE por *Luis Felipe González*.—ALBERTO VILLASEÑOR.—EL LENGUAJE Y LAS ACTUALES ESCUELAS LITERARIAS.—SECCIÓN FEMENINA, EN EL HOGAR por *María Chambón*.—LA ENERGÍA DEL RADIO.—RIMAS por *Enrique Henríquez*.—LA DEVELOPPMENT DU JAPON, LA REVOLTE DE L'ASIE por *J. Juderías*.—LOS ANDES por *J. S. Chocano*.—EN BROMA por *Luis Taboada*.—LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y EL CENTENARIO DEL QUIJOTE.—NOTAS.

Nota Editorial

Las columnas de esta revista se hallan abiertas para todos los escritores nacionales y extranjeros, y se aceptarán con agrado las colaboraciones que se nos envíen. Deseamos ser el exponente del pensamiento nacional, del estado de desarrollo de nuestra cultura en todos los ramos. Sin embargo, la Dirección se reserva el derecho de no publicar un escrito cuando ó no reúna suficientes méritos literarios ó por razones de otra índole, ó esté en pugna con la naturaleza ó tendencias de esta publicación.

VANKA

(CUENTO DE NAVIDAD)

Vanka Joukof, niño de nueve años, aprendiz desde hace tres meses en la zapatería de Aliakbine, no se ha acostado en toda la noche de Navidad. Por la mañana, después de que su maestro y algunos obreros marcharon á la iglesia, se ha quedado solo en el taller. Saca del armario de su patrón un tintero, una pluma enmohecida, y, colocando ante él una hoja arrugada de papel, se pone á escribir.

Antes de trazar la primera letra, mira por última vez, temerosamente, á la puerta y á la ventana; dirige una ojeada imploradora hacia la imagen sombría,

y suspira conmovedoramente. Arrodillado ante el banco, en el que ha colocado el papel, escribe:

«Querido abuelo Constantino Makarytch: Le escribo un pedazo de carta. Es para saludarle por la Navidad y le deseo toda la gracia de Dios. Ya no tengo papá ni mamá; me has quedado tú solo».

Vanka vuelve los ojos hacia la ventana oscura, en donde se refleja la luz de la vela, y se representa, como si le viera, á su abuelo Constantino Makarytch, vigilante nocturno en casa de los señores Jivaref. Es un viejecito de sesenta y cinco años, flacucho, extraordinariamente vivo, que siempre está sonriendo con ojillos de borracho. Durante el día duerme en la cocina ó dice chistes á las cocineras; por la noche, envuelto en un amplio abrigo, da vueltas alrededor de las construcciones y de los cercados; la vieja perra Kachtanka y el mastín Vivune le siguen, bajando la cabeza. Vivune es un perro particularmente cariñoso y cortés; mira con la misma dulzura á los extranjeros que á sus amos; sin embargo, no se fían de sus zalamerías; la más jesuítica malicia se oculta bajo su aire bonachón y deferente. Ningún perro sabe mejor que él acercarse cautelosamente y dar un mordisco á una pantorrilla; ningún perro se desliza de manera más furtiva en la despensa ó roba una gallina al mujik. En varias ocasiones ha estado á punto de que le rompan las patas de atrás; se le ha colgado dos veces; no se pasa una semana sin que le peguen hasta hacerle sangre; de todo sale bien.

A esta hora, seguramente que el abuelo de Vanka está de pie ante la puerta cochera, y mira, guiñando los ojos, las bonitas ventanas iluminadas de la iglesia del pueblo. Se golpea los brazos para calentarse, da bromas de viejo y pellizca á una doncella ó á una cocinera.

—¿No queréis un polvito?—decía tendiendo su tabaquera á las mujeres.

Ellas lo toman y estornudan.

Al abuelo le divierte esto extraordinariamente. Se muere de risa, y exclama:

—¡Suénate, suénate! El tabaco te va á helar la nariz.

Hace también que los perros tomen rapé. Kachtanka estornuda, sacude el hocico y se va ofendida. Vivune, cortés, no estornuda y menea la cola con aire satisfecho.

¡Y el tiempo es espléndido!... El aire es tranquilo, transparente y fresco; la noche, sombría; pero se distingue, sin embargo, todo el pueblo con sus tejados blancos, sus espirales de humo que salen de las chimeneas, sus árboles plateados por la escarcha y sus montones de nieve. Todo el cielo está tachonado de alegres estrellas que titilan, y la vía-láctea se dibuja con tanta limpieza que parece que la han jabonado para alguna fiesta y frotado con nieve...

Vanka suspira, moja su pluma y continua escribiendo:

«Ayer noche he tenido un jaleo. El patrón me ha arrastrado por los pelos hasta la puerta y me ha pegado con la horma, porque yo estaba meciendo al pequeño en su cuna y desgraciadamente me quedé dormido. Días antes, la maestra me mandó que limpiase un arenque y yo empecé por la cola; entonces ella cogió el arenque y me lo metió por los ojos. Los obreros no hacen más que reírse de mí. Me envían á buscar aguardiente y me dicen que robe las galletas del maestro; en seguida éste me pega con todo lo que le cae á la mano. Y para alimento, nada de nada. Por la mañana me dan pan, á medio día gachas, y por la noche otra vez pan; el té y las coles se los toman los maestros. Me hacen dormir en el corredor, y cuando el chico llora yo no puedo dormir: tengo que mecer la cuna. ¡Querido abuelo! Hazme un divino favor, sácame de aquí; llévame á nuestra casa, al pueblo; ya no puedo más. Te saludo hasta el suelo y rezaré á Dios eternamente; llévame de aquí, ó me muero...»

Vanka torció un poco la boca, se frotó los ojos con su puño negro y sollozó.

«Te prepararé el tabaco—continuó escribiendo;—rogaré por tí, y si algo no está bien, pégame entonces como á la cabra gris; y si crees que no me darán colocación, pediré por amor de Dios al administrador de los señores que me deje limpiar sus botas; ó si no, me iré en lugar de Fedia como ayudante de pastor. Querido abuelo, yo no puedo más; esto es la muerte. Me hubiera escapado á pie; pero no tengo botas, y temo helarme. Cuando yo sea grande, si me sacas de aquí, te mantendré y no dejaré que te ofenda nadie; y cuando mueras rezaré por el descanso de tu alma, como lo hago por mi pobre mamá Pelagia.

«En cuanto á Moscou, es una gran ciudad. No hay más que casas de señores y hay muchos caballos; pero no hay ovejas, y los perros no son malos. Por Navidad, los niños no van aquí de puerta en puerta con una estrella, y no se permite que se cante en el coro. Te diré también que el otro día he visto en una tienda muchos anzuelos diferentes para cada clase de peces. Hay también tiendas con fusiles como los del

amo; apostaría á que cada fusil cuesta por lo menos cien rublos... En las carnicerías hay faisanes y liebres; pero no se puede saber dónde los han matado, porque los vendedores no lo dicen. Querido abuelo: cuando pongan en casa del señor el árbol de Navidad con los regalos, coge para mí una nuez dorada y guárdala en mi cofre verde. Pídesela á la señorita Olga Ignatievna; dile que es para Vanka».

Vanka suspiró convulsivamente, y de nuevo sus ojos se dirigieron á la ventana. Se acordó de que su abuelo iba siempre al bosque con él para cortar el árbol de Navidad. Era el buen tiempo. Todo crujía: el hielo, el abuelo y Vanka. El abuelo, antes de cortar el árbol, fumaba una pipa, tomaba un buen polvo de rapé y se burlaba de Vanka, que estaba helado. Los arbolillos, cubiertos de escarcha, no se meneaban, preguntándose cuál de ellos iba á ser el elegido.... De repente, salida no se sabe de dónde, corría una liebre rápidamente por los montones de nieve. El abuelo exclamaba:

—¡Cógela, cógela! Diablo de animalucho.

Una vez cortado el árbol, el abuelo de Vanka lo llevaba á la casa y los señores comenzaban á adornarle. La señorita Olga Ignatievna, cuando Pelagia, la madre de Vanka, servía en su casa de camarera, atiborraba á Vanka de bombones y le enseñaba, por no tener nada que hacer, á leer, á escribir, á contar hasta ciento y hasta á bailar el rigodón. A la muerte de Pelagia pusieron al pobre Vanka con su abuelo entre los criados. Después fué enviado á Moscou como aprendiz en la zapatería de Aliakbine...

«Ven pronto, querido abuelo—insistió Vanka;—te lo ruego en nombre de Dios, sácame de aquí. Ten piedad de mí, huérfano desgraciado, porque todo el mundo me pega, y me muero de hambre, y sobre todo estoy tan triste que no lo puedo decir, y no hago más que llorar. Uno de estos días me pegó el maestro con una horma en la cabeza, tan fuerte, que caí al suelo. Mi vida es digna de compasión, peor que la del perro más desgraciado. Da mis recuerdos á Aliona, á Jorge el bizco y al cochero, y sobre todo no des mi acordeón á nadie (1). Soy tu nieto, Ivan Joukof. Querido abuelo, ven...»

Vanka plegó su hoja de papel y la metió en un sobre comprado la víspera por un kopek. Reflexionó un instante, mojó su pluma en la tinta y se puso á escribir la dirección:

A mi abuelo, en el pueblo.

Se rascó la cabeza, reflexionó y añadió: «Constantino Makarytch». Contento por haber podido escribir sin ser molestado, cogió su gorra, y en mangas de camisa se lanzó á la calle...

Los muchachos panaderos, á los que había pedido

(1) El acordeón es un instrumento muy popular en Rusia. Un joven del pueblo que tenga dinero se compra primero un acordeón, después botas.